Globethics Repository



Anotaciones sobre historia ambiental, ecología política y agroecología en una perspectiva latinoamericana [Notes on environmental history, political ecology and agroecology in a Latin American perspective]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Alimonda,Héctor
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-11 21:43:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218836

Anotaciones sobre historia ambiental, ecología política y agroecología en una perspectiva latinoamericana

Héctor Alimonda

El artículo propone una aproximación a la agroecología desde la historia ambiental y la ecología política. Tomando como referencia constitutiva la historia latinoamericana, la agroecología se fundamenta en el carácter híbrido de nuestras culturas, y comparte los desafíos políticos del ambientalismo y de los movimientos sociales rurales. A la vez puede servirse del nuevo tipo de protagonismo que en los últimos tiempos han asumido los sujetos políticos de base, ligados al mundo rural y a las culturas campesinas.

La invitación a participar en este Congreso ha significado un estimulante desafío para pensar en puentes y caminos posibles entre mis espacios de reflexión más habituales, en el horizonte de las ciencias sociales (historia ambiental, ecología política) y en el vasto campo inexplorado que representa desde mi punto de vista la agroecología. Quisiera comenzar llamando la atención sobre un asunto: es a partir de esas dos dimensiones de la macrohistoria y de la microhistoria que una historia ecológica o agroambiental en perspectiva latinoamericana puede encontrarse con la agroecología y reproducirse recíprocamente.

Héctor Alimonda: profesor del CPDA / Ufrrj; coordinador del Grupo de Trabajo en Ecología Política, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Clacso.
Nota: Este texto ha sido leído en el IV Congreso Brasileño de Agroecología, realizado en Porto Alegre del 18 al 21 de noviembre de 2003.
Palabras clave: ecología política, agroecología, ciencias sociales, América Latina.

La herencia agroecológica

Veamos en primer lugar el tema de la herencia de los patrimonios colectivos. Las sucesivas generaciones humanas reciben herencias de sus antecesores. Esas herencias tienen un componente material, constituido por la huella ecológica de la humanidad en general, y de cada comunidad en particular, sobre el entorno físico-natural, a partir de una dinámica de destrucción y reconstrucción, y por el conjunto de elementos e instalaciones edificados por los humanos para satisfacer sus diversas necesidades (ciudades, caminos, puertos, centrales nucleares, fábricas, equipos agrícolas, vehículos, etc.). Todo ello representa procesos de satisfacción de necesidades que, lo sabemos, son a su vez el origen de nuevas carencias y necesidades. Pero existen también los componentes inmateriales de esas herencias, cuya vigencia, legitimidad y significación no son unívocas, y que son objeto de luchas a veces tan enconadas como las de los componentes materiales. Nos referimos a todas las dimensiones culturales, simbólicas y de valores que conforman ese patrimonio inmaterial. Aquí hay también conjuntos cristalizados de relaciones sociales, de identidades y de memorias, que constituyen la dimensión de «*l'eredità immateriale*» estudiada, por ejemplo, por el microhistoriador italiano Giovanni Levi[1]. En lo que nos interesa, hay que remarcar fuertemente que la herencia inmaterial de la humanidad y de cada grupo humano en particular también está compuesta por tradiciones y conocimientos tecnológicos, por formas de organizar el conocimiento de la naturaleza y de operar su aprovechamiento para la reproducción humana[2].

De la misma forma que en el caso de las herencias individuales, asumir esta inmensa herencia colectiva, en la forma específica de la historia de cada comunidad humana, implica un gran esfuerzo de selección y de síntesis. Como tal, supone una actividad práctica en el presente, que otorgue sentido y valor a esa recuperación. Recibir una herencia es recibir también fantasmas y obsesiones de otros tiempos, donde podemos reconocer los actuales. Después de todo, no es interesante heredar una momia. La mayor herencia es la búsque-

1. Levi subraya la vinculación de esta herencia inmaterial con la reproducción de relaciones de poder y dominación en el medio local, lo que parece bastante pertinente en relación con su ámbito de estudio, las aldeas piamontesas entre los siglos XVII y XVIII. Nos gustaría subrayar que esa herencia puede contener también elementos de subversión del orden, en forma directa (memorias de luchas o de formas de organización del pasado), o indirecta (tradiciones resignificadas, por ejemplo).
2. Con relación a este punto, no parece haber una relación directa y necesaria («lógica») entre la complejidad de los sistemas de clasificación y el nivel de desarrollo tecnológico de las sociedades (Lévi-Strauss). Una reactualización del tema puede encontrarse en Descola/Pálsson.

da, es el desafío de operar en el presente recuperando los elementos valiosos del pasado, con sentido de futuro. La construcción de una utopía, en última instancia.

El lugar de América en la historia (macrohistoria y agroecología)

Hay algo obvio pero que no es suficientemente repetido. El continente americano fue escenario de la mayor tragedia de la historia humana, resultado del embate desigual entre las dos grandes corrientes de expansión que, desde miles de años atrás, se extendían por la superficie terrestre. La conquista de América por parte de los europeos fue probablemente la experiencia más violenta y radical. Se constituyó allí una ruptura que da origen a la particular heterogeneidad y ambigüedad de las sociedades americanas y de sus imaginarios sociales, pero también a la flora, a la fauna y a los paisajes con que conviven. Se trató de un gigantesco etnocidio, que implicó el sacrificio gratuito de universos simbólicos y de tecnologías adaptadas a diferentes ecosistemas del continente, basadas en siglos de paciente observación de los procesos naturales. Pero junto con esta catástrofe demográfica, se produjo también una gigantesca migración de flora y fauna extra americana, que rápidamente se extendió por la superficie del continente, y que en algunos lugares produjo en pocos años radicales transformaciones de los ecosistemas y del paisaje (Ferrão; Hernández Bermejo/León; Melville).

Simultáneamente, hacían la travesía en sentido contrario vegetales de gran valor alimenticio hasta entonces desconocidos en Europa, junto con saberes agrícolas a ellos vinculados, desarrollados durante siglos por los nativos de América, con consecuencias demográficas y sociales en el continente de adopción nunca debidamente destacadas. Gran parte de estos procesos se desarrollaron espontáneamente, con independencia de la voluntad y de las intenciones del poder imperial, sin embargo, formaron parte de un gigantesco dispositivo de reordenamiento social y ambiental de los territorios en función del establecimiento de lo que ha sido denominado «economía de rapiña» (Castro Herrera).

Esto llevó a la formación de sociedades netamente concentradoras de poder político, social y económico, caracterizadas por profundos cortes étnico-culturales y por la rigidez de las estructuras sociales, que incluyeron la esclavitud africana. La lógica de la «economía de rapiña», cuyas ganancias dependían de la vinculación con el mercado global, alimentó y fue retroalimentada por estos mecanismos de exclusión. En todas partes, con dimensiones e intensi-

dad variables, se incrementó la tendencia a la conversión de la naturaleza en mercadería (Polanyi, cap. 15)[3].

Sin embargo, esta reorganización social altamente excluyente no significó la desaparición absoluta de los pueblos indígenas o de sus culturas. Recomposiciones demográficas y mestizajes fueron constituyendo un magma cultural de origen americano, europeo y africano, donde sobrevivieron antiguos saberes sobre la naturaleza y se crearon otros. En estas sociedades caracterizadas por una particular orfandad en relación con su propio pasado, y por la heterogeneidad y subalternidad de su herencia, la independencia vino a crear una nueva crisis de identidad. Se cortó el vínculo con las metrópolis a comienzos del siglo XIX (con la excepción de Cuba y Puerto Rico), sin que esta circunstancia implicara una significativa transformación de las tendencias estructurales ya existentes. En todo caso, a los espectros tradicionales se sumaron otros nuevos. Las elites triunfantes continuaron reproduciendo los mecanismos de exclusión, se preocuparon especialmente por establecer o ampliar sectores económicos para la exportación (con nuevos y decisivos costos ambientales), y llevaron adelante la conquista de nuevos territorios a costa de los pueblos indígenas aún no sometidos, retomando los mecanismos clásicos de la acumulación originaria (Alimonda/Ferguson; González/León; Rey).

Así, América Latina llega a la contemporaneidad con una tremenda herencia histórica, «cuyos fantasmas pesan sobre los cerebros de los vivos». La exclusión social y económica y sus consecuencias siguen siendo norma corriente, como la apropiación oligopólica de los recursos naturales y la depredación ambiental al servicio de la economía de rapiña. Sin embargo hay elementos positivos. Uno de ellos es que la propia heterogeneidad, como condición concreta de existencia y reproducción de la sociedad, posibilita articulaciones plurales y un riquísimo intercambio de experiencias socioambientales alternativas a la lógica de la rapiña, así como de lazos sociales cooperativos y solidarios. Son los espectros de las utopías del pasado andino (Burga; Flores Galindo), de las civilizaciones amazónicas, o inclusive de las tradiciones

3. Polanyi considera la transformación de la Naturaleza en apenas tierra, despojada de toda significación social y cultural, como una gigantesca utopía, paralela a la que constituye a los seres humanos en fuerza de trabajo. Así, tierra y trabajo pasan a ser, junto con el dinero que mediatiza los intercambios, «mercaderías ficticias». Explícitamente, diferencia este carácter ficcional del «fetichismo de la mercadería» de Marx, sin embargo, su análisis puede ser incluido como otro caso de lucha contra los espectros fundadores de la sociedad de mercado. En la misma línea, aunque nunca referida por Polanyi, Rosa Luxemburgo desarrolló los interesantes capítulos de su *La acumulación del capital*, en los que trata sobre la introducción de la propiedad privada de la tierra y de la economía de mercado en las periferias coloniales. Queda la impresión de que Polanyi se inspiró en gran parte en el trabajo de Luxemburgo, sin citarlo.

libertarias ibéricas (Masjuan), combatidos, conjurados, renacidos una y otra vez. En la actual crisis de los paradigmas de la modernidad, la invocación de Mariátegui al socialismo indoamericano adquiere nuevas dimensiones, a partir de un rescate de tradiciones socioambientales autóctonas.

La propia identidad transnacional latinoamericana, a su vez, se alimenta de esos espectros, y de los que fueron creados en la Independencia. Los ejércitos transnacionales de San Martín y Bolívar, las proclamas de la Reforma Universitaria, la intensa continentalización de la política y la cultura en los años 60 y 70 del siglo XX, constituyen otra fuente fantasmática de la identidad latinoamericana. Paradójicamente, las fallas de constitución de los Estados nacionales de la región abren la posibilidad y el fundamento de esa identidad transnacional. Si en la década de los años 20 Mariátegui podía proclamar en su revista *Amauta* «Todo lo humano es nuestro», con mucha más propiedad todo latinoamericano puede hoy proclamar como «suya» al conjunto de la herencia cultural y socioambiental del continente.

Por último, el mismo cosmopolitismo que tantas veces fue esgrimido como factor esterilizador de las capacidades de creación intelectual del continente, puede, en la actual crisis de los relatos hegemónicos, ser un factor positivo. Desde siempre la cultura latinoamericana ha estado abierta al diálogo y al intercambio. No aceptando un lugar de enunciación subordinado, hay un espacio enorme disponible para que América Latina participe en la búsqueda y elaboración de alternativas para la crisis planetaria. El Foro Social Mundial y este propio evento son apenas ejemplos de las posibilidades potenciales para esas iniciativas.

Microhistoria y agroecología

Si se acepta lo dicho en relación con la macrohistoria ambiental latinoamericana, y si esto es un marco apropiado para un acercamiento a la agroecología, quizás resulte más verosímil proponer la potencialidad de una fecundación recíproca entre la agroecología y la escala microhistórica[4]. A lo largo de los últimos siglos, la naturaleza y las sociedades latinoamericanas han protagonizado en forma ininterrumpida, en todos sus niveles y escalas, sucesivos procesos de hibridación. La propuesta clásica que considera a las culturas latinoamericanas como producto de procesos de hibridación es de García

4. La revista *Prohistoria*, de Rosario (Argentina), publicó un excelente informe sobre microhistoria en su número 3 (1999), reproducido en Barriera.

Canclini, quien la define como «procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas» (p. III). En la misma «Introducción a la edición de 2001» se defiende de las críticas recibidas por causa de este concepto, en nombre de la esterilidad que caracterizaría a las mulas, alegando:

> Desde que en 1870 Mendel mostró el enriquecimiento producido por cruces genéticos en botánica abundan las hibridaciones fértiles para aprovechar características de células de plantas diferentes y mejorar su resistencia, crecimiento, calidad, así como el valor económico y nutritivo de los alimentos derivados de ellas. La hibridación de café, flores, cereales y otros productos acrecienta la variedad genética de las especies y mejora su sobrevivencia ante cambios de hábitat o climáticos (pp. IV-V).

En el mismo texto, advierte que «la hibridación no es sinónimo de fusión sin contradicciones, sino que puede ayudar a dar cuenta de formas particulares de conflicto generadas en la interculturalidad reciente en medio de la decadencia de proyectos nacionales de modernización en América Latina» (p. II). Como en la naturaleza, la hibridación cultural puede tener resultados nefastos o positivos. En la búsqueda de una interculturalidad creativa la microhistoria ambiental y la agroecología tienen un enorme potencial de fertilización mutua. Ambas se concentran en observaciones minuciosas en el ámbito local, que intentan abarcar todas las dimensiones de análisis, dando cuenta del desafío de la complejidad, pero sin dejar de tener como referencia interpretativa los marcos contextuales más generales. Ambas brindan una importancia central a la configuración del lugar como territorio, como soporte de un conjunto de significaciones otorgadas por la experiencia vital de la comunidad humana que ha interactuado con él y en él a través de sucesivas generaciones. En ese sentido, la microhistoria y la agroecología se construyen en una perspectiva crítica y eventualmente de ruptura en relación con la tendencia desterritorializadora de los discursos dominantes[5].

Creemos que dos características metodológicas de la microhistoria, tal como son expuestas por sus practicantes (que llegan a definir al historiador como «detective»), tienen interesantes aproximaciones al trabajo de la agroecología. Una es la de su concentración en los datos empíricos de la realidad estudiada,

5. La «lengua de origen» de la microhistoria es italiana, y resulta evidente la relación de esta práctica historiográfica con la particular densidad de significaciones históricas que carga cada lugar del paisaje italiano. Por otra parte, sus principales teóricos y practicantes (Carlo Guinzburg, Giovanni Levi) insisten en su carácter periférico o marginal en el campo de la institucionalidad y los discursos historiográficos (tal como la agroecología con relación a los campos dominantes de la institucionalidad de las ciencias agrarias) (Barriera).

expresándose «desde el más conciente realismo histórico, desde una noción de realidad externa en la que es el observador el que se supedita a los dictados del material empírico» (Barriera, p. 185), sin intentar «explicar» los acontecimientos de la unidad doméstica a partir de visiones globales preconcebidas y abstractas, y que por lo tanto permite captar lo diferente, lo particular. La otra es la insistencia de Carlo Guinzburg en un compromiso, no solo con la verdad y la explicación, sino con la convicción y la persuasión (Barriera, p. 206): el historiador-detective produce «pruebas» de sus hallazgos, y los resultados de su investigación se completan con una inserción en prácticas sociales alternativas, así como, entiendo, sucede con la agroecología, cuyo trabajo de observación sistemática se completa con una socialización lo más amplia posible de sus resultados.

Creo que vale la pena concentrarnos un poco en el tema de la hibridación cultural en lo que se refiere a técnicas agroecológicas de manejo. En este campo, a pesar de los pesares, la herencia latinoamericana es de una vastedad y riqueza insospechadas, que estamos descubriendo de a poco. Por un lado, el acervo indígena está presente en enormes extensiones del territorio continental. La gran mayoría de los pueblos originarios habitan en territorios que, desechados en los periodos anteriores de nuestra historia por los poderes constituidos, son hoy las mayores reservas de biodiversidad, al mismo tiempo que espacio de ejercicio y recreación de diversidad sociocultural. Para el caso de México (quizás el más extremo), Víctor Toledo viene insistiendo, en diferentes trabajos, sobre la coincidencia territorial entre estas áreas.

> A escala planetaria, la diversidad cultural de la especie humana se encuentra estrechamente asociada a las principales concentraciones de biodiversidad existentes. [En función de esto, los autores proponen un nuevo concepto convergente: el de *diversidad bio-cultural*.] Este descubrimiento se ha nutrido de cuatro principales conjuntos de evidencias: a) el traslape geográfico entre la riqueza biológica y la diversidad lingüística y b) entre los territorios indígenas y las regiones de alto valor biológico, c) la reconocida importancia de los pueblos indígenas como principales pobladores y manejadores de hábitats bien conservados, y d) la certificación de un comportamiento orientado al conservacionismo entre los pueblos indígenas, derivado de su complejo de creencias-conocimientos-prácticas (Toledo et al.).

En el área de México y Centroamérica existen más de 100 etnias de pueblos originales americanos. Estos indígenas representan 37,21% de la población rural de México, y 80,43% de la guatemalteca; en el conjunto de la región, son 37% de la población rural. A la vez, 90% de la población indígena mexicana está en zonas forestales, y 39% de las áreas mexicanas de mayor diversidad biológica están en territorios indígenas. Los saberes tradicionales de estos pueblos en relación con técnicas de manejo de la naturaleza, durante mucho tiempo menospreciadas, son ahora, como sabemos, altamente codiciados por

diferentes formas de biopiratería. Desde luego que la microhistoria ambiental y la agroecología tienen mucho que aprender en este campo, pero también mucho que aportar en una tarea de defensa de esta herencia colectiva.

No obstante fuera de los territorios indígenas, gran parte de esos conocimientos y tecnologías de pueblos originarios están presentes en sus descendientes mestizos, o en poblaciones rurales de otros orígenes, que recibieron una herencia local híbrida. Sucesivas y diferentes migraciones desde diversas regiones de Europa, África, Asia y Oriente, ellas mismas portadoras de herencias híbridas, fueron convirtiendo a la agricultura latinoamericana en un mosaico de variadísima riqueza. En este punto, la sola experiencia de Brasil, suficientemente conocida, es ilustrativa. Cada región del inmenso territorio brasileño es un activo laboratorio de hibridación y de diversidad biocultural. Abundan estudios como los de Ribeiro sobre la hibridación de conocimientos indígenas, portugueses y africanos en el cerrado de Minas Gerais, o el de Petersen et al. sobre fusión de técnicas agrícolas y de formas de organización social del trabajo rural de origen indígena, caboclo y europeo, en el sur del estado de Paraná, y la bibliografía sobre la región amazónica, en particular, es inmensa.

Trabajando a escala local, la historia ambiental puede reconstruir estos procesos de hibridación y recuperar experiencias con aportes significativos para enriquecer las perspectivas agroecológicas. Caben aquí dos comentarios. Por un lado, es importante reiterar que las prácticas agrícolas de las comunidades humanas no pueden ser estudiadas aisladamente, ya que forman parte de las complejas interacciones con la naturaleza, y en consecuencia están vinculadas a toda la organización social y a la propia simbolización del espacio, a través del lenguaje. Esto se aplica a los pueblos indígenas americanos y a colonias de origen inmigratorio en el sur de Brasil, por ejemplo, donde existe una estrecha relación entre convicciones religiosas y prácticas agroecológicas (Almeida). Vale recordar, además, que los procesos de hibridación se dieron no solamente en el espacio productivo, sino también con relación a la configuración de pautas de consumo, como dietas y hábitos de alimentación, tanto en espacios rurales como urbanos. En su *Geografia da Fome*, de 1946 (definido como un estudio pionero de ecología humana), Josué de Castro (s/d) estudió detalladamente las características de estos regímenes de alimentación en las diferentes regiones brasileñas. Pero indiquemos también la importancia que tuvo, en áreas de intensa inmigración europea, la incorporación de tradiciones alternativas, cuyos portadores estaban vinculados con frecuencia al anarquismo ibérico, al socialismo centroeuropeo o a diferentes credos religiosos. Creemos que la supervivencia de esas tradiciones acompaña, desde los cen-

tros urbanos, las posibilidades actuales de implantación y viabilidad de la agroecología como modelo alternativo de modernidad.

Al mismo tiempo, la agroecología puede iluminar y acompañar de cerca los procesos investigativos de la historia ambiental, sugiriendo perspectivas, resolviendo impases y ayudando a formular nuevas preguntas. Este fortalecimiento mutuo no tendrá solamente implicaciones en términos de la producción de conocimientos en cada campo específico del saber. Un encuentro transdisciplinario para una recuperación de la experiencia latinoamericana de fusión «(agri)cultural» (como proponen Petersen et al.) tiene también una importante dimensión política. Cuestionando los poderes establecidos de la monocultura y del pensamiento único, subvirtiendo las convicciones productivistas de la «revolución verde» y de sus presupuestos cognitivos, se fundamenta una epistemología ambiental como base de una ecología política (Leff), una verdadera «ecología política de la diferencia» (Escobar s/d) basada en la diversidad biológica y cultural como gramática organizativa de la sociedad y de sus relaciones con la naturaleza.

La ecología política y la agroecología

Aquí encontramos, como no podría ser de otra manera, la ecología política, en una confluencia pertinente con la historia ambiental y con la agroecología. Es sabido que la experiencia de las últimas décadas en América Latina ha llevado a un serio colapso a los modelos interpretativos que habían estado vigentes a partir de mediados del siglo XX en las ciencias sociales de la región, y que pretendían acompañar procesos de desarrollo y modernización. En nuestra perspectiva, es notable la crisis de una disciplina tradicional como la sociología rural, que ha llegado a ser considerada una especie de cadáver insepulto (Martins). Desde los optimistas años 60, la perspectiva desarrollista y modernizante en las ciencias sociales viene contabilizando con desaliento una década tras otra como «perdidas». Sea en términos sociales, económicos o ambientales, los resultados de las diversas experiencias latinoamericanas, en especial en lo referido al mundo agrario, no pueden ser más decepcionantes. Solo a título ilustrativo, veamos en un rápido repaso algunos elementos de esta situación, tal como fueron sistematizados por Altieri/Nicholls y Díaz Gacitúa:

– Declinación y empobrecimiento de la población rural, que tiende a agravarse, inclusive por la ausencia o ineficiencia de las políticas públicas, por precios inadecuados y por el colapso de fuentes de recursos naturales.

– Marginación de esos mismos productores rurales de los procesos de avance tecnológico, con un papel reforzado de intereses privados corporativos en la definición, implementación y ejecución de las políticas de investigación y extensión, paralela a la desactivación o subordinación de las instituciones públicas.

– Aumento de la concentración del control de la tierra y de los recursos naturales por parte de la agricultura comercial.

– Junto con este modelo de agricultura, se ha incrementado el uso de agroquímicos. «La región consume 9,3% de los pesticidas utilizados en el mundo. Solo en América del Sur se invierten más de 2.700 millones de dólares anuales en importación de pesticidas, muchos de ellos prohibidos en el Norte por razones ambientales o de salud humana» (Altieri/Nicholls, p. 283).

– Políticas de apertura comercial que han introducido productos importados competitivos con la producción doméstica, al mismo tiempo que se procesa una acelerada urbanización de las pautas de consumo de la población rural.

– Aumento del deterioro del patrimonio cultural indígena; los avances de la frontera agrícola y la implantación de nuevos *regímenes de naturaleza* (Escobar 1999) en relación con las áreas de abundante biodiversidad (como la Reserva de la Biosfera de Montes Azules, en la Selva Lacandona mexicana, o el Madi, en Bolivia) implican una amenaza efectiva y real para los pueblos indígenas, que constituyen, según el BID, una cuarta parte de los latinoamericanos que viven en condiciones de extrema pobreza (Díaz Gacitúa, p. 35).

– Sobreexplotación de los recursos forestales y pérdida de la biodiversidad; según datos de la FAO, entre 1980 y 1995 Sudamérica tropical perdió 23 millones de hectáreas forestales, mientras México y Centroamérica perdieron 4,8 millones. Se estima que 13,77% de las tierras de América del Sur están degradadas por deforestación, sobrepastoreo, usos agrícolas inadecuados, sobreexplotación agrícola y daño bioindustrial.

– Además se registran feroces alteraciones de los regímenes hidrológicos y deterioros progresivos de las aguas dulces y saladas costeras.

– Impactos adversos de los cambios climáticos globales; como si no bastase, tenemos cambios en los regímenes de lluvias, en los microclimas, en la epidemiología de plagas y en el rendimiento de cultivos, derivados de los fenóme-

nos de cambio climático global. Los efectos de la corriente de El Niño son cada vez más pronunciados en el continente sudamericano, así como se registra un avance de la desertización.

Junto con este catálogo incompleto de penurias, un verdadero *agrocidio* (Bartra) que algunos continúan saludando como éxito, quisiera llamar la atención sobre un fenómeno general que comparativamente ha recibido poca atención. Me refiero a las profundas modificaciones en la propia composición de las clases dominantes latinoamericanas y de sus regímenes de hegemonía. Junto con los intensos procesos de recomposición de capitales y de internacionalización de los mercados internos se ha ido produciendo un resquebrajmiento de las formas tradicionales de control político en el medio rural. No se trata de que nuestras tradicionales oligarquías ya no existan, sino de que se han desplazado hacia los espacios más abstractos de los movimientos del capital financiero (o más agradablemente soleados de las playas del Caribe), mientras se ha verificado un intenso proceso de internacionalización de la propiedad de la tierra (Argentina, p. ej., es un caso notable, con Georges Soros o Benetton como los mayores propietarios de tierras del país).

México en el sexenio foxista, cuando se hacen sentir los efectos más perniciosos del Tlcan sobre el campo, es también aquí un caso extremo. La neutralización de los eficientes mecanismos de control clientelísticos administrados por el PRI, que tenían un papel central en el ejercicio de la hegemonía, han llevado a potenciar hasta niveles inauditos la protesta campesina, con la formación, en diciembre de 2002, del movimiento El Campo no Aguanta Más (Bartra), la proclamación, en agosto de 2003, de las Juntas de Buen Gobierno zapatistas (secundadas por el Consejo Nacional Indígena), y los acontecimientos de septiembre de 2003 en Cancún, durante la reunión de la Organización Mundial del Comercio.

Creo que estos fenómenos, la reformulación de los bloques dominantes rurales, y el desmontaje de dispositivos territoriales de control político en el ámbito local, seguramente han facilitado la actual eclosión protagónica de actores políticos oriundos del medio rural, en el conjunto de la región, y aún merecen ser estudiados. Sin duda, si hay un registro importante que también la ecología política latinoamericana puede hacer para la agroecología es precisamente el de la vigencia estratégica de estos sujetos políticos constituidos por movimientos de base y origen agrario, que muy rápidamente (en realidad, con más dinamismo que nuestros tradicionales movimientos sindicales) han asumido la dimensión de solidaridad internacional de sus luchas.

No quiero extenderme sobre este punto, que supongo altamente conocido por todos ustedes, pero no está demás insistir de nuevo, como lo hizo Martínez Alier, en que en esas luchas sociales y políticas existe un componente ambiental significativo (el «ecologismo de los pobres»), y en que las demandas políticas de esos movimientos, al orientarse en la dirección de la autonomía, necesitan fundamentarse también en prácticas productivas alternativas. Son esos, por ejemplo, los comentarios que Toledo viene realizando en relación con la experiencia zapatista en Chiapas. Asimismo me parece que en este punto la acumulación de conocimientos y de experiencia de la agroecología latinoamericana puede resultar un aporte más que significativo para el fortalecimiento de modelos alternativos de modernidad popular en nuestra región[6]. Aquí pareciera tener sentido rescatar una perspectiva subrayada por Escobar (2000). Una ecología política alternativa supone una recuperación de la especificidad de los lugares, con todas las dimensiones culturales y simbólicas que los acompañan. Al hacerlo consecuentemente, se van construyendo narrativas que comienzan a hilvanar una perspectiva crítica y plural. El discurso sobre la globalización, aun cuando pretende ser crítico, es básicamente «capital-céntrico», se mantiene en una línea de continuidad con el deslumbramiento del Manifiesto Comunista[7], donde la dinámica del capital aparece como el todopoderoso reformulador del universo. Comenzar un discurso crítico desde la perspectiva de los diferentes lugares, rescatados en su especificidad y en su historia, nos permite articular tradiciones de resistencia y reconocer las limitaciones y falacias del proyecto globalizador.

Sin duda, la ecología política y la agroecología confluyen en un horizonte utópico de recomposición en sentido más democrático de nuestras sociedades y de sus relaciones con el medio natural. Toda la reflexión de la ecología política sobre el sentido social de la apropiación de la naturaleza, sobre la importancia de modelos tecnológicos menos avasalladores, sobre la justicia ambiental y la distribución ecológica, se conectan en múltiples formas con las perspectivas más utópicas de la agroecología.

Por su propia gramática epistemológica, la agroecología se vincula con la defensa de la diversidad biocultural, y de los derechos colectivos de las co-

6. Para el caso específico del sur de Brasil, este tema es extensamente discutido en Almeida (cap. IV).
7. Comentario propio. Un buen ejemplo de discurso crítico capital-céntrico pudiera ser el de Noam Chomsky.
8. «A gestão ecológica normativa corre os mesmos riscos que a planificação socialista. Ela pode revestir a forma de um novo autoritarismo tecnocrático, ou a de uma planificação democrática e autogestora por inventar» (Bensaid, p. 480).

munidades relacionadas con la misma. Pero, así como la ecología política, la agroecología debe mantener una vigilancia reflexiva sobre su propia práctica. No puede devenir en nuevos dispositivos despóticos inapelables[8]. Su herencia plural no debe cristalizarse en un saber «técnico», autorreferencial, supuestamente aislado de las demandas y necesidades sociales, sino dejarse «hibridar» por urgencias muchas veces contradictorias y utópicas, de esa forma se irá delineando un camino de reconciliación no solamente político, social y ambiental, sino también epistemológico entre sociedad y naturaleza, entre el conocimiento y el respeto por una «economía de la naturaleza» y los imperativos éticos de la organización social, en la forma de una «economía moral» (para decirlo en términos del siglo XVIII). Es lo que necesitamos de ellas, en este momento en que la crisis de los modelos dominantes parece irremediable, y en que resulta cada día más necesario disponer de respuestas efectivas. Movilizar todas nuestras identidades y poner en práctica todas nuestras herencias y capacidades, en Manaos, en Puerto Alegre, en Cancún o en cualquier otro lugar de la región.

Bibliografía

Alimonda, Héctor: «Una herencia en Comala (apuntes sobre ecología política latinoamericana y la tradición marxista)» en *Ambiente e Sociedade* Nº 9, Nepam / Unicamp, Campinas, 2001.
Alimonda, Héctor y Juan Ferguson: «Imagens, Deserto e Memória Nacional: As Fotografias da Campanha do Exército Argentino contra os Índios da Patagonia - 1879» en Ángela Mendes de Almeida et al.: *De Sertões, Desertos e «Espaços Incivilizados»*, Mauad, Río de Janeiro, 2001.
Almeida, Jalcione: *A Construção Social de uma Nova Agricultura*, Editora da Universidade, Ufrgs, Porto Alegre, 1999.
Altieri, Miguel y Clara Nicholls: «Una perspectiva agroecológica para una agricultura ambientalmente sana y socialmente justa en América Latina del siglo XXI» en Enrique Leff, Ezequiel Ezcurra, Irene Pisanty, Patricia Romero Lankao (comps.): *La transición hacia el desarrollo sustentable en América Latina y el Caribe*, INE / UAM / Pnuma, México, 2002.
Ab'Sáber, Azis: *Os Domínios da Natureza no Brasil*, Ateliê Editorial, San Pablo, 2003.
Barriera, Darío (comp.): *Ensayos sobre microhistoria*, Red Utopía A.C. / Jitanjáfora Morelia Editorial / Prohistoria, Morelia, 2002.
Bartra, Armando: «De rústicas revueltas», Observatorio Social de América Latina, 10, Clacso, Buenos Aires, 2003.
Bensaid, Daniel: *Marx, o Intempestivo*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1999.
Burga, Manuel: *Nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los Incas*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1988.
Castro Herrera, Guillermo: *Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*, CELA, Panamá, 1996.
Crosby, Alfred: *Imperialismo ecológico*, Companhia das Letras, San Pablo, 1993.
Descola, Phillippe y Gísli Pálsson (coords.): *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*, Siglo XXI, México, 2001.
Díaz Gacitúa, Miguel: «El desarrollo rural y el medio ambiente en América Latina después de Brundtland: dos pasos atrás y uno adelante» en *Nueva Sociedad* Nº 182, Caracas, 2002.
Escobar, Arturo: «El mundo postnatural: elementos para una ecología política anti-esencialista» en *El final del salvaje*, ICAN / Cerec, Santafé de Bogotá, 1999.
Escobar, Arturo: «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o post-desarrollo?» en Edgardo Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Clacso / Unesco, Buenos Aires, 2000.

Escobar, Arturo: «An Ecology of Difference: Equality and Conflict in a Glocalized World», inédito, s/d.
Ferrão, J.M.: *A Aventura das Plantas e os Descobrimentos Portugueses*, Instituto de Investigación Científica Tropical, Lisboa, 1992.
Flores Galindo, Alberto: *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, Horizonte, Lima, 1988.
García Canclini, Néstor: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, 2001.
González, C. y R. León: *Historia de los pueblos indígenas de México. Civilizar o exterminar*, Ciesas / INI, Tlalpan, 2000.
Hernández Bermejo, J. y J. León: *Cultivos marginados, otra perspectiva de 1492*, FAO, Roma, 1992.
Leff, Enrique: «La ecología política en América Latina, un campo en construcción», trabajo presentado a la reunión del Grupo de Trabajo en Ecología Política, Clacso, Panamá, 2003.
Levi, Giovanni: *A herança imaterial*, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 2000.
Lévi-Strauss, Claude: *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
Hatoum, Milton: *Dois Irmãos*, Companhia das Letras, San Pablo, 2000.
Mariátegui, José Carlos: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Amauta, Lima, 1995.
Martínez Alier, Joan: *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Montevideo, 1995.
Martins, José de Souza: «O Futuro da Sociologia Rural» en *Estudos Sociedade e Agricultura* Nº 15, CPDA / Ufrrj, Río de Janeiro, 2000.
Masjuan, Eduardo: *La ecología humana del anarquismo ibérico*, Icaria, Barcelona, 2001.
Melville, Elinor: *Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la Conquista de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
Petersen, Paulo, José Maria Tardin, Francisco Marochi: «Tradição (Agri)cultural e Inovação Agroecológica: Facetas Complementares do Desenvolvimento Agrícola Socialmente Sustentado na Região Centro-Sul do Paraná», AS / PTA, Río de Janeiro, s/d.
Polanyi, Karl: *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1957.
Rama, Ángel: *A Cidade das Letras*, Brasiliense, San Pablo, 1985.
Rey, Pierre-Phillippe: *Las alianzas de clase*, Siglo XXI, México, 1975.
Ribeiro, Ricardo: *Sertão-Cerrado: História Ambiental e Etnoecologia na Relação entre Populações Tradicionais de Minas Gerais e o Bioma do Brasil Central*, Tésis de doctorado, CPDA / Ufrrj, Río de Janeiro, 2002.
Toledo, Víctor: *La paz en Chiapas (ecología, luchas indígenas y modernidad alternativa)*, Ediciones Quinto Sol / UNAM, México, 2000.
Toledo, Víctor, Pablo Alarcón Chaires, Patricia Moguel, Magaly Olivo, Eurídice Leyequien, Abraham Cabrera y Amaya Rodríguez Aldabe: «El atlas etnoecológico de México y Centroamérica: fundamentos, métodos y resultados» en *Etnoecológica* Nº 8-9, Morelia, 2001.
Tudela, F.: «El encuentro entre dos mundos: impacto ambiental de la conquista» en *Nueva Sociedad* Nº 122, Caracas, 1992.